

MAÑANA LA BEATIFICACIÓN

El corto camino de Carlo Acutis a la santidad

ECCLESIA

09_10_2020



**Costanza
Signorelli**



Cuando san Pío X publicó el decreto *Quam Singulari* con el que rebajó a siete años la edad para recibir la Sagrada Eucaristía, casi reduciéndola a la mitad, motivó su elección de esta manera: “Habrá santos entre los niños”.

Era 1910 y nadie podía imaginar que, unos cien años después, el Cielo acogería a un niño santo que hizo de la Eucaristía exactamente el centro de su vida y su “camino al

Cielo". Estamos hablando de Carlo Acutis (1991-2006), que mañana sábado 10 de octubre, a las 16:30 horas, será beatificado en la Basílica Superior de San Francisco de Asís, con un rito presidido por el cardenal Agostino Vallini.

En una inspección más cercana, Carlo es solo uno entre las filas de niños pequeños que, a partir de esa profecía, despidieron la tierra con el perfume de la santidad. Los primeros fueron los dos Pastorcitos de Fátima, Francisco y Jacinta Marto.

El joven milanés, por su parte, pasó toda su breve existencia, hasta el ofrecimiento de su vida, por el amor de Jesús, de María Santísima y de la Iglesia. Ascendió al Cielo el 12 de octubre de 2006, cuando solo tenía 15 años, por una leucemia fulminante. Del 1º al 17 de octubre, su cuerpo permanecerá en exhibición para la veneración de los fieles en el "Santuario della Spogliazione", en donde ya descansa desde abril de 2019 cuando fue trasladado al sitio.

El futuro "Patrón de Internet". Pues bien, la profecía de Pío X, que ya asombró a los teólogos de principios del siglo XX, acostumbrados a separar a los niños de las cosas de Dios, suena aún más increíble, si tenemos en cuenta que uno de los grandes campos en los que el nuevo Beato desempeñó su apostolado fue el de Internet, para el cual el niño estaba dotado de dones absolutamente fuera de lo común.

Son muchos los testimonios de su genialidad en materia informática, tanto es así que Carlo Acutis ciertamente representa un modelo virtuoso de cómo los nuevos medios de comunicación, que hoy son capaces de arruinar la vida de muchos jovencitos como él, se pueden utilizar de manera sana e inteligente. Carlos, en cambio, con la gracia del Cielo, supo incluso utilizar herramientas informáticas, en beneficio de las almas y para la construcción del Reino de Dios.

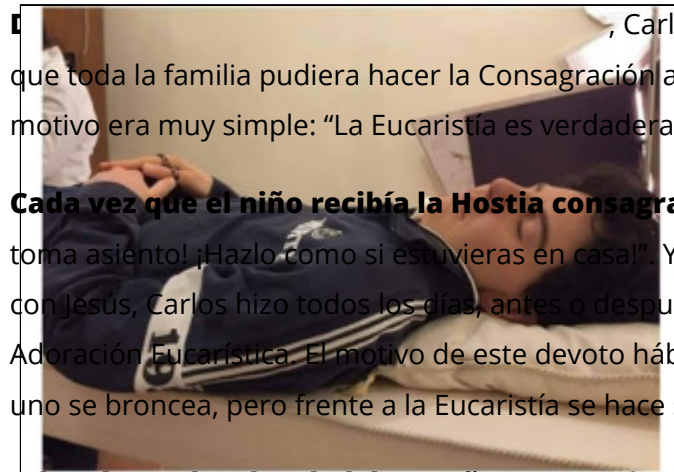
El mismo Papa Francisco, en la Exhortación Apostólica dedicada a la santidad, *Christus vivit*, habló de Carlos en estos términos: "Supo utilizar las nuevas técnicas de comunicación para transmitir el Evangelio, para comunicar valores y belleza".

En este sentido, ya es universalmente conocida la exposición sobre los Milagros Eucarísticos enteramente concebida y creada por él; que ha recorrido los santuarios más grandes del mundo y, a través de un sitio dedicado, se puede visitar completamente en línea.

Un solo centro de vida: Jesús Eucaristía. Podríamos hablar con profusión de las diversas virtudes cristianas de Carlo Acutis. Basta decir que el sirviente hindú de la casa Acutis - que acompañaba a Carlo a todas partes: a la escuela, a la iglesia, a ver los

amigos, a las clases de catecismo y que, todas las noches, recorría el barrio para repartir las sobras de la cena - al ver su forma de vivir y morir, quedó tan fascinado que se convirtió a la Iglesia Católica. Y, sin embargo, aunque su heroico ejercicio de virtudes ya estaba claro en su vida, todavía no hemos dicho nada de Carlo Acutis si no hablamos de su excepcional relación con Jesús Eucaristía.

Como dijo su madre Antonia Acutis a la *Nuova Bussola Quotidiana*, la gran devoción de Carlo por la Eucaristía comenzó desde muy joven. De hecho, cuando solo tenía siete años tuvo el permiso para recibir la Primera Comuni3n: desde ese momento creció en 3l el santo deseo de ir a Misa todos los d3as y así fue hasta que llegó su repentina enfermedad y su partida anticipada al Cielo.



Carlo pidió insistentemente y consiguió que toda la familia pudiera hacer la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús. El motivo era muy simple: “La Eucaristía es verdaderamente el Corazón de Jesús”.

Cada vez que el niño recibía la Hostia consagrada, recitaba esta oración: “¡Jesús, toma asiento! ¡Hazlo como si estuvieras en casa!”. Y para prepararse para el encuentro con Jesús, Carlo hizo todos los días, antes o después de la Misa, una pequeña Adoración Eucarística. El motivo de este devoto hábito suyo, lo explicó así: “¡Frente al sol uno se broncea, pero frente a la Eucaristía se hace santo!”.

Además, Carlo a la edad de 11 años comenzó a asistir al catequista: fue en esta ocasión que el niño quedó realmente asombrado y muy entristecido al ver cuánta indiferencia había frente al Santísimo Sacramento. Tanto es así que a menudo se preguntaba: “¿Cómo es posible que, frente a un concierto de rock, o un partido de fútbol, haya interminables filas de gente y luego frente al Sagrario donde Dios está realmente presente, se vean pocas personas?”.

Deseo de santidad. Por su parte, Carlo quería convertirse en santo más que nada en el mundo y estaba profundamente convencido de que no solo él, sino todos, estaban llamados a la santidad. Para explicar esta llamada del Cielo que investía verdaderamente a todo hombre, Carlo repetía: “Todos nacen originales, pero muchos mueren fotocopias”.

Bueno, si alguien pensara ahora que las piadosas aspiraciones de Carlo estaban guiadas por un contexto familiar marcadamente católico, se sorprendería al saber que en la casa de Acutis sucedió exactamente lo contrario. Será el amor omnipresente de Carlo y el deseo tan ardiente por las cosas del Cielo lo que “forzará” la fe tibia y

superficial de sus padres a convertirse en una fe auténtica.

Madre Antonia confiesa que cuando Carlo tenía unos cinco años, avergonzada por sus preguntas tan precisas y profundas sobre Jesús, llegó incluso a inscribirse en algunos cursos de la facultad de teología de Milán. Y no exagera cuando dice que su pequeño hijo fue para ella como un pequeño salvador, precisamente porque la salvó de una vida alejada de Dios.

El ardiente deseo de convertirse en santo que acompañó al gran pequeño Carlos durante toda su vida, también lo preparó perfectamente para el momento de la muerte, que para él no fue más que el ansiado momento del encuentro con su amado Jesús.

Entonces, cuando ingresó al hospital por un malestar repentino, que luego resultó ser una leucemia fulminante, Carlo comprendió de inmediato lo que le estaba pasando. Desde ese momento aceptó todo con gran abandono, incluidos los terribles sufrimientos de aquellos días: los ofreció al Papa y a la Santa Iglesia. Y cuando llegó “su hora”, la recibió con una sonrisa en los labios y el rostro ya transfigurado por esa Luz Eucarística que había adorado toda su vida.